



La genómica humana y la imagen de Dios

Graeme Finlay

El Dios de la Biblia es también el Dios del genoma. Se le puede adorar en la catedral o en el laboratorio. Su creación es majestuosa, sobrecogedora, intrincada y bella, y no puede estar en guerra con sí misma¹.

Francis Collins, Responsable del Proyecto Genoma Humano

Resumen

El ADN que hemos heredado es la última edición de un texto que nos ha sido transmitido a través de innumerables generaciones de antepasados. Hay fragmentos particulares en nuestro ADN que indican que compartimos antepasados no sólo con otras personas, sino (progresivamente al ir hacia atrás en el tiempo) con otros simios, primates y mamíferos. Nuestro ADN cuenta una historia que describe nuestros orígenes biológicos durante la evolución de los mamíferos, y sin embargo eso no es suficiente para explicar nuestros orígenes como personas. Nos formamos como personas sólo al oír y asimilar historias transmitidas en nuestras familias y comunidades. Los cristianos creen que la historia que es esencial para el desarrollo completo de la humanidad es la que cuenta la acción redentora de Dios en Jesucristo.

La ética judeocristiana siempre ha estado basada en el concepto bíblico de que la humanidad ha sido creada a “imagen y semejanza” de Dios (Gén. 1:26-28). Este reconocimiento de que cada persona refleja, de alguna manera, la naturaleza de Dios y tiene así una dignidad y valor inalienables ha llevado a la compasión y la reforma social durante siglos.

Y, sin embargo, el significado del concepto de “imagen de Dios” es bastante ambiguo. Frecuentemente se han identificado ciertas características del ser humano (como la creatividad, racionalidad o el sentido moral) como elementos centrales de este concepto. Pero estas interpretaciones son demasiado limitadas.

Lo que se buscaba con este término bíblico debe inferirse del contexto socio-religioso en el que se originó. Los reyes del Cercano Oriente erigieron estatuas de sí mismos, consideradas como su “imagen y semejanza”, para afirmar su autoridad sobre sus territorios². Así, lo que la Biblia indica es que, entre todas las criaturas, sólo los seres humanos han sido hechos para Dios, han sido designados para servir a Dios y tienen que dar cuentas a Dios. Somos criaturas con un llamado para cuidar unos de otros, y de la creación en su conjunto. Una consecuencia de este encargo es que el cuidado de la creación debe ser un imperativo ético. Bíblicamente, nuestra respuesta a la crisis ambiental no puede reducirse a una ilustrada preocupación por nuestro entorno. Es un mandato divino³.

Todo esto se basa en la idea de que somos capaces de conocer y vivir en relación con nuestro Creador, y que nuestra conducta debe reflejar Su amor y bondad. De ahí que el estar separados de Dios implica una carencia de plenitud, que puede llevarnos a mitigar nuestras aspiraciones mediante un activismo frenético en otro tipo de actividades⁴.

Claramente, cualquier descripción de nosotros mismos como portadores de la “imagen y semejanza” de Dios abarca la totalidad de nuestra personalidad. Pero se trata necesariamente de una personali-

	<p>Sobre el autor</p> <p>Desde 1980, Graeme Finlay ha estado investigando sobre el cáncer en el Auckland Cancer Society Research Centre, Nueva Zelanda, el laboratorio más grande de su tipo en el hemisferio sur. Desde el 2000 también ha sido profesor de Patología Científica en la Universidad de Auckland. El Dr. Finlay es escritor y conferenciante en temas de ciencia y fe.</p>
--	--

dad *corporal*. Somos criaturas biológicas. Nuestras capacidades mentales únicas como seres humanos, tales como nuestra capacidad de realizar razonamientos científicos, estéticos o deliberaciones morales y la devoción religiosa, están enraizadas en nuestra biología y, por lo tanto, en nuestro sustrato genético. Y nuestros propios genes han sido moldeados a través del proceso material de la evolución biológica.

Nuestras historias

Para describirnos como seres humanos debemos fijarnos en dos tipos de relatos. Primero tenemos un relato científico o genético que cuenta nuestra historia biológica. El estudio de nuestro genoma dice:

- que somos una especie surgida por evolución;
- dónde nos situamos en el árbol familiar de los primates y mamíferos;
- cómo los genes han aparecido y decaído durante el desarrollo de nuestra especie.

Más aún, el estudio de nuestro genoma es capaz, en principio, de decirnos:

- cómo nuestro genoma da lugar a nuestras características biológicas;
- cómo funcionan nuestros genes para permitir el desarrollo de nuestras facultades mentales (como nuestras capacidades científicas, estéticas y religiosas);
- cómo nuestros genes influyen sobre nuestro comportamiento.

A pesar de los grandes avances de la genética, la humildad debe imponerse. La comprensión científica del papel de una gran parte del genoma está todavía en su infancia. La porción de nuestro ADN que codifica proteínas es 1,2% del total. Se han asignado funciones regulatorias a un pequeño porcentaje adicional de nuestro ADN.

¹ Collins, F.S. *The Language of God*. New York: Free Press (2006), p. 211. Cita tomada de la versión española: *¿Cómo habla Dios? La evidencia científica de la fe*. Madrid: Temas de Hoy (2007), p. 227.

² Hess, R.S. “Genesis 1-2 and recent studies of ancient texts”, *Science and Christian Belief* (1995) 7, 141-149.

³ Spencer, N. y White, R. *Christianity, Climate Change and Sustainable Living*. London: SPCK (2007), pp. 83-86.

⁴ McGrath, A., ed. *The New Lion Handbook Christian Belief*, Oxford: Lion (2006), pp. 74, 76, 78.

Buena parte del resto se despreció hace tiempo como “basura”; pero progresivamente se van acumulando evidencias que confirman que el ADN “basura” tiene nuevas funciones que todavía son desconocidas⁵. La genómica tiene mucho que aprender⁶.

Rolston nos recuerda que la física y la química son las mismas en cualquier parte del universo, pero que la biología (o “historia natural”) es peculiar de la Tierra. Esta historia se hace “memorable, cumulativa y transmisible” en los genes de un organismo viviente. Pero la historia de la humanidad no está sólo escrita en los genes. Debemos también dar cuenta de la historia cultural que ha surgido a partir de nuestra historia genética. La fase genética de la historia nunca podría haber anticipado cómo iba a desarrollarse la fase cultural. No queremos cometer la “falacia genética”, que pretende explicar la cultura en términos de genética⁷.

Así que, además de nuestra historia genética, poseemos una historia *personal*. De aquí se sigue que el estudio de nuestro genoma no puede contarnos:

- cómo nuestros entornos personales (relaciones, culturas e historias) nos forman como personas;
- por qué las culturas se han desarrollado en las direcciones particulares que vemos hoy;
- si nuestras creencias acerca del propósito, de la naturaleza de la realidad y de Dios, son verdad;
- si nuestras conductas son correctas.

Debemos tomar en serio tanto las historias científicas como las personales. Las primeras son una condición previa, pero sólo pueden conocerse e interpretarse a través de las últimas. Serán únicamente las personas, que han sido educadas por las historias relatadas en sociedades muy particulares, las que se preguntarán sobre sus orígenes biológicos y estarán así equipadas con una cosmovisión realista crítica que les permitirá centrarse en las disciplinas académicas correspondientes. Hay claras evidencias de que esta cosmovisión surgió de la fe monoteísta de la Biblia⁸.

La historia genética

El ADN que está empaquetado en nuestras células (nuestro genoma) contiene las instrucciones requeridas para nuestro desarrollo físico. Se asemeja a un texto escrito que contiene una secuencia lineal de “letras” químicas (denominadas “A”, “C”, “G” y “T”) que recogen esta información genética. Nuestra dotación de ADN contiene dos copias de instrucciones, cada una de tres mil millones de “letras” químicas. Se le ha denominado con propiedad nuestro libro de instrucciones.

Nuestro ADN contiene la información que hemos heredado de innumerables generaciones de antepasados. Se modifica en cada generación que lo transmite, y así la versión que cada uno de nosotros ha recibido es un registro de nuestra historia. Por ejemplo, un niño hereda su cromosoma Y de su padre, que lo heredó del suyo. Ese niño y sus hermanos comparten cualquier mutación que tuvo lugar en el ADN del cromosoma Y de su padre. Ellos y sus primos varones comparten cualquier mutación surgida en el cromosoma Y de su abuelo. Nuestro genoma es un libro de historia que narra la historia de nuestra genealogía.

El orden de las “letras” químicas en nuestro ADN (la secuencia) ha sido determinado por el Proyecto Genoma Humano⁹. También se han secuenciado los genomas de otras especies. De especial importancia son el del chimpancé, nuestro pariente vivo más próximo¹⁰, y el del macaco Rhesus, un pariente más lejano (un mono del viejo mundo), que ha jugado un importante papel en la investigación médica¹¹. Una comparación de la secuencia de nuestro genoma con los de otras especies ha permitido a los genetistas

catalogar las diferencias que existen entre genomas, y así revelar las bases genéticas de nuestra naturaleza biológica¹².

- Mucho de nuestro ADN puede ser alineado directamente con el de otras especies. Cuando se hace esto, el ADN humano se diferencia del ADN de chimpancé en sólo un 1% de las “letras”, y en un 6% del ADN de macaco. Sin embargo, hay grandes regiones en las que no se puede alinear el ADN porque hay material nuevo insertado o material antiguo eliminado del genoma de una de las especies. Cuando se tiene esto en cuenta, los genomas humano y de chimpancé se diferencian en un 5% y el humano y macaco en al menos 10%.
- Este alto grado de similitud genética indica que las proteínas humanas y de chimpancé serán también muy similares. En efecto, el 20-30% de las proteínas codificadas en nuestro genoma son idénticas a las proteínas correspondientes en chimpancés. De las proteínas que son diferentes entre estas especies, sólo 2 aminoácidos de media son diferentes en cada proteína. Cerca de un 10% de nuestras proteínas son idénticas con las equivalentes del macaco.
- Han aparecido nuevos genes desde que el linaje humano y el de chimpancé se separaron de su antepasado común. Nosotros tenemos varios cientos de genes que no aparecen en los chimpancés. La mayoría de ellos han aparecido por la duplicación de genes pre-existentes, y posterior divergencia de la información genética de cada copia.
- Algunos viejos genes se han deteriorado en el linaje humano desde la época del antepasado común. Cientos de genes que permanecen activos en los chimpancés están deteriorados en nuestro genoma y no pueden producir sus proteínas porque han sufrido mutaciones que los han dejado inactivos. La pérdida de genes nos ha llevado a tener músculos más finos en las mejillas, menos pelo, un olfato menos agudo y ha alterado nuestra susceptibilidad a la malaria. La forma activa del gen *CASP12* está actualmente desapareciendo del patrimonio genético humano. Este gen puede dificultar las respuestas a algunas infecciones bacterianas, y su forma activa sólo subsiste en una minoría de personas.
- Las diferencias biológicas entre humanos y chimpancés reflejarán también cambios en la regulación génica. Un gen que codifica por la misma proteína en cada especie tendrá efectos totalmente diferentes si en una de estas especies se expresa más activamente, o en momentos diferentes, o en diferentes tejidos. Los cerebros de humanos y chimpancés parecen tener menos diferencias en expresión génica que otros órganos. La mayoría de las diferencias identificadas se deben a un incremento de expresión en humanos.
- La mitad de nuestro genoma deriva de las actividades de parásitos genéticos o “genes saltarines”. Son segmentos de ADN que colonizan los genomas y se propagan a sí mismos por un mecanismo de copia-y-pegar en nuevos sitios del ADN¹³. En nuestro ADN se han acumulado más de tres millones de esos parásitos genéticos, de los que un 99% son compartidos entre humanos y chimpancés. Esto es testimonio de la larga historia compartida de la que nosotros y los chimpancés hemos surgido. El orden en el que cada parásito se ha introducido en el ADN de los primates proporciona un esquema inequívoco de la evolución de los primates (Figura 1)¹⁴. Durante la historia evolutiva, la introducción de parásitos en nuestros genomas ha proporcionado la materia prima de la que han surgido nuevas funciones genéticas. Esto incluye tanto funciones regulatorias de los genes como nuevas proteínas¹⁵. Varios miles de unidades parasitarias insertadas son únicas de los humanos (y hay un número comparable en los chimpancés) y pueden haber contribuido a las diferencias biológicas entre las dos especies.

⁵ Pheasant, M. y Mattick, J.S. “Raising the estimate of functional human sequences”, *Genome Res.* (2007) 17, 1245-1253.

⁶ McGrath op. cit. [4]

⁷ Rolston, H. III. *Genes, Genesis and God*, Cambridge: CUP (1999), pp. 50-53; 154-159.

⁸ Trigg, R. “A Christian Basis for Science”, *Science and Christian Belief* (2003) 15, 3-15.

⁹ International Human Genome Sequencing Consortium. “Initial sequencing and analysis of the human genome”, *Nature* (2001) 409, 860-921.

¹⁰ The Chimpanzee Sequencing and Analysis Consortium. “Initial sequence of the chimpanzee genome and comparison with the human genome”, *Nature* (2005) 437, 69-87.

¹¹ Rhesus Macaque Genome Sequencing and Analysis Consortium. “Evolutionary and biomedical insights from the rhesus macaque genome”, *Science* (2007) 316, 222-233.

¹² Kehrer-Sawatzki, H. y Cooper, D.N. “Understanding the recent evolution of the human genome: insights from human-chimpanzee genome comparisons”, *Hum. Mutat.* (2007) 28, 99-130.

¹³ Jurka, J., Kapitonov, V.V., Kohany, O. y Jurka, M.V. “Repetitive sequences in complex genomes: structure and evolution”, *Annu. Rev. Genomics Hum. Genet.* (2007) 8, 241-259.

¹⁴ Ray, D.A. “SINES of progress: mobile element applications to molecular ecology”, *Molecular Ecology* (2007) 16, 19-33; Salem, A.-H., Ray, D.A., Xing, J. y col. “Alu elements and hominid phylogenetics”, *Proc. Natl. Acad. Sci. U.S.A.* (2003) 100, 12787-12791.

¹⁵ Volff, J.-N. “Turning junk into gold: domestication of transposable elements and the creation of new genes in eukaryotes”, *BioEssays* (2006) 28, 913-922.

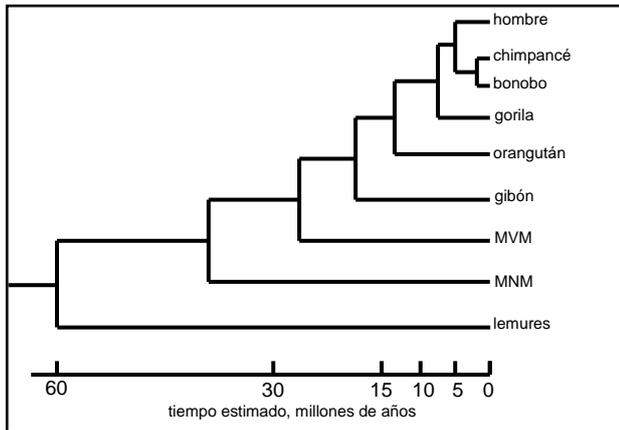


Figura 1. Esquema simplificado del árbol familiar de los primates, derivado del orden en el que los “genes saltarines” se han acumulado en los genomas de los primates. Por ejemplo, un “gen saltarín” determinado, que está presente en el genoma de los grandes simios, surgió en el ADN de un antepasado de los grandes simios¹⁶. MVM: monos del viejo mundo, MNM: monos del nuevo mundo.

Hay antiguos grupos de “genes saltarines” de nuestro ADN que están presentes en los genomas de todos los mamíferos. El estudio de su distribución está proporcionando un mapa detallado de nuestro lugar en la historia de los mamíferos (Figura 2)¹⁷. Por ejemplo, nosotros, los primates, formamos un grupo con lémures voladores, musarañas arborícolas, conejos y los roedores denominado Euarchontoglires. El esquema evolutivo así generado es compatible con el derivado de la distribución de mutaciones raras en los genes¹⁸. Y el estudio de los cromosomas (citogenética) ha demostrado que nuestros cromosomas pueden cortarse-y-pegarse para generar los del antepasado de los grandes simios, o los del antepasado de los primates o los del antepasado de todos los mamíferos con placenta¹⁹. La historia genética que está incorporada en nuestro ADN proporciona un relato coherente de cómo los genomas de los progenitores se han transformado en los genomas humanos mediante mecanismos familiares (naturales) y de azar genético.

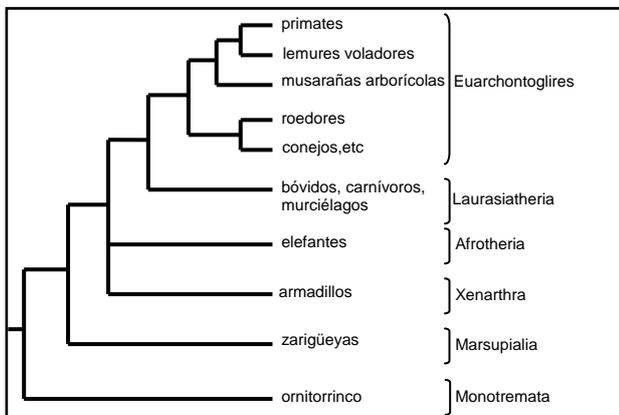


Figura 2. Esquema simplificado del árbol familiar de los mamíferos, derivado de la distribución de “genes saltarines”, mutaciones raras en los genes, y de la remodelación progresiva de los cromosomas. El grupo de los Euarchontoglires se ha expandido para mostrar los cinco órdenes que lo constituyen. No se pretende indicar una escala temporal²⁰.

Es de esperar que nuestro ADN se formase también por eventos anteriores a los orígenes de los mamíferos. Sin embargo, los marcadores genéticos específicos surgidos de aquellas antiguas reorganizaciones de ADN e inserciones de “genes saltarines” en el ADN han sido erosionados hasta resultar irreconocibles. No obstante, la historia que cuenta nuestro ADN es épica. Cada fósil de “gen saltarín” que compartimos con las zarigüeyas, originalmente se insertó en el ADN de un progenitor

común que correteaba entre las patas de los dinosaurios. Cada inserto que compartimos con los elefantes es anterior a la separación de las placas tectónicas que corresponden a las masas terrestres de Laurasia y Gondwana. Y cada inserto que compartimos con los perros antecede el impacto de asteroide que acabó con la era de los dinosaurios.

Los genomas no son ensamblajes estáticos y ordenados de genes, sino que son modificados continuamente. Las comparaciones de los genomas de especies relacionadas revelan cómo hay segmentos de ADN que son añadidos, perdidos, o reorganizados. Tales comparaciones permiten evidenciar el surgimiento y desaparición de familias génicas y los orígenes de las tendencias a varias enfermedades genéticas. Nuestro ADN lleva inscrito en su secuencia un registro de su ensamblaje por miradas de parásitos genéticos invasores. Ellos lo han modificado y expandido, y han contribuido con numerosos componentes funcionales. Nosotros somos, al menos en parte, lo que nuestros parásitos han hecho de nosotros.

Dado que el desarrollo de nuestro genoma puede ser descrito exhaustivamente en términos moleculares (al menos a través de la mayor parte de la historia de los mamíferos), ¿deja eso algún lugar para que nos consideremos como criaturas hechas a imagen de Dios? La evolución genética nos ha llevado a una evolución cultural de complejidad única²¹. Sólo los humanos reflexionamos sobre nuestro pasado y futuro, sobre nuestros orígenes y destino. Vivimos en sociedades complejas y somos criados en diversas culturas que han sido formadas por las contingencias de la historia humana. Los teólogos cristianos han enfatizado el hecho de que la orientación y el carácter de nuestras vidas (inndo las de los sociobiólogos) provienen de nuestros relatos.

La historia personal

La historia genética tiene la capacidad de describir los orígenes del potencial único de este versátil (“cognitivamente fluido”) cerebro humano, el cual es capaz de dedicarse a la ciencia, el arte y la religión. Van Huyssteen ha escrito: “la fluidez cognitiva de nuestras mentes permite la posibilidad de poderosas metáforas y analogías, sin las cuales la ciencia, el arte y la religión no podrían existir”. La historia genética que fundamenta esta capacidad es necesaria, pero no suficiente, para explicar nuestra humanidad y cultura, porque la evolución del genoma no puede explicar “los caminos específicos que la cultura humana tomará mediante el conocimiento racional, la conciencia moral, la apreciación estética, y nuestra disposición religiosa”²².

Superpuestas a nuestra historia genética están las historias narrativas, de vital importancia, transmitidas en las comunidades humanas, que dirigen nuestras vidas por ciertas sendas. Ellas dan forma a nuestra identidad, nuestro carácter y la intencionalidad que motiva y orienta nuestras vidas, nuestros valores y nuestra ética.

Resulta significativo que somos “criaturas creadoras de historias”. Birch y Rasmussen han escrito: “Es mediante historias que las gentes trazan las líneas del argumento de sus vidas y establecen el marco de referencia en el cual viven, y vivirán en el futuro”²³. Son las historias, que surgen de los acontecimientos contingentes de las vidas humanas, las que “se transforman en recetas para estructurar la experiencia, para establecer las rutas hacia la memoria y, finalmente, para guiar la propia vida”²⁴.

Aquí no hay excepciones: desde el materialista más militante al místico más meditativo, la orientación de nuestras vidas se forma con historias. Las historias humanas absorbidas durante nuestra educación establecen los fundamentos de nuestro conocimiento del mundo. Ellas nos permiten ser conscientes de nosotros mismos como humanos, como seres racionales, como personas con una historia y como los herederos de una historia genética.

Algunos autores comprometidos con una visión materialista de la vida desprecian las historias “religiosas” porque supuestamente se basan en escrituras a las que se ha otorgado “autoridad”. Ellos promocionan la historia científica como algo superior porque se basa

¹⁶ Salem, Ray, Xing y col., (14).

¹⁷ Nishihara, H., Hasegawa, M. y Okada, N. “Pegasoferae, an unexpected mammalian clade revealed by tracking ancient retroposon insertions”, *Proc. Natl. Acad. Sci. U.S.A.* (2006) 103, 9929-34.

¹⁸ Janecka, J.E., Miller, W., Pringle, T.H. y col. “Molecular and genomic data identify the closest living relatives of primates”, *Science* (2007) 318, 792-794.

¹⁹ Ferguson-Smith, M.A. y Trifonov, V. “Mammalian karyotype evolution”, *Nature Reviews Genetics* (2007) 8, 950-962.

²⁰ see footnotes 17 – 19.

²¹ Varki, A. y Altheide, T.K. “Comparing the human and chimpanzee genomes: searching for needles in a haystack”, *Genome Res.* (2005) 15, 1746-1756.

²² Van Huyssteen, J.W. *Alone in the World? Human Uniqueness in Science and Theology*, Grand Rapids and Cambridge: Eerdmans (2006), pp. 214-215, 312-313.

²³ Birch, B.C. y Rasmussen, L.L. *Bible and Ethics and the Christian Life*, Minneapolis: Augsburg (1989), p. 127

²⁴ *ibid.*, p. 106.

en datos empíricos. Sin embargo, la autoridad de las historias bíblicas para la fe cristiana proviene de la manera en la que se ha encontrado que ellas describen e interpretan con autenticidad eventos de la historia humana empírica. La historia genética reconstruida a partir de las secuencias de ADN, y la historia cristiana surgida de acontecimientos concretos de la historia humana tienen así la misma clase de autoridad. Son historias que dan sentido convincente a amplios conjuntos de datos de la experiencia.

La historia genética a la que los científicos se limitan busca dar sentido a las secuencias de ADN, con sus miradas de marcadores insertados, y así describe el origen biológico del *animal humano*. Las historias narrativas relatadas en las comunidades humanas son necesarias para formar la *persona humana*. La historia bíblica da sentido a la experiencia que Israel tiene de Dios, a la historia de Jesús y a nuestras propias historias, y así nos permite comprendernos a nosotros mismos como criaturas hechas a “imagen y semejanza de Dios”.

Israel contó la historia de cómo Dios los rescató de Egipto, y así llegó “a verse a sí mismo como un pueblo en un viaje, en una aventura. Su ética se transforma en las virtudes necesarias para sostener a Israel en el camino. ... El relato es el medio fundamental para hablar sobre Dios y escuchar a Dios, el único medio humano a nuestro alcance suficientemente complejo y atractivo para hacer comprensible lo que significa estar con Dios”²⁵.

De igual manera, la Iglesia es una comunidad en la que se narran historias. Surge de los detalles de Dios viviendo en un hombre en particular, proclamando una ética particular, muriendo de una forma particular y siendo levantado de una manera particular. “La proclamación cristiana está vinculada a esta historia particular, dado que considera que los caminos de Dios se hacen presentes de forma paradigmática en la forma de vida de Jesús, y continua entre aquellos que luchan para hacer de esa vida la suya”²⁶.

La iglesia cristiana no comenzó con especulaciones metafísicas, sino con historias sobre Jesús y aquellos cuyas vidas se entrecruzaron con la suya. Estas historias nos permiten encontrar un significado y propósito en nuestras vidas. “La pequeña historia de mi vida recibe una perspectiva cósmica al ser incorporada en el gran relato de Dios.” Hauerwas y Willimon concluyen que la verdadera libertad proviene de la conexión de nuestro ser con una historia verdadera. La comunidad cristiana conoce la historia que cuenta como el Cristo resucitado volvió a sus discípulos con perdón; y por ello espera su continua presencia, perdón y bendición²⁷.

Podemos considerar la realidad a nuestro alrededor como “naturaleza” e investigar de manera apropiada el efecto de nuestro pasado evolutivo sobre fenómenos como el “altruismo” o conductas antisociales. Pero semejante discurso científico descarnadamente minimalista resulta inadecuado para describir la moral humana. Independientemente de cómo nuestro genoma influye sobre nuestra conducta, la ética humana trasciende la genética. Es al ver la realidad como “creación” (una perspectiva que surge de la historia bíblica) que podemos reconocer la dimensión moral de nuestras vidas en términos de “amor” *ágape* (del tipo que Dios revela) o de “pecado” (es decir, una acción incompatible con la naturaleza de Dios)²⁸.

La vida virtuosa no está determinada por el genoma. No es de sentido común, o autoevidente para cualquier persona racional de buena voluntad. No se reduce a normas y fórmulas éticas simples. “Nuestro carácter es el resultado de nuestra continua atención al mundo que da coherencia a nuestra intencionalidad. Semejante atención se forma y adquiere contenido por las historias mediante las cuales hemos aprendido a dar forma a la historia de nuestras vidas”²⁹.

²⁵ Hauerwas, S. y Willimon, W.H. *Resident Aliens*, Nashville: Abingdon Press (1989), pp. 54-55.

Hauerwas ha dicho que: “La vida moral no es simplemente cuestión de decisiones basadas en principios y normas públicamente defendibles; sólo podemos actuar en el mundo que conocemos, un conocimiento parcialmente determinado por la clase de seres que hemos llegado a ser a través de las historias que hemos aprendido e incorporado en nuestro esquema vital”. Las historias y las metáforas nos permiten interpretar el mundo “dándonos los relatos narrativos que dan coherencia a nuestras vidas. Los principios y normas éticas son sólo pequeños recordatorios necesarios para la educación y explicación morales: ‘su significado moral está contenido en historias’”³⁰.

Integrando nuestras historias

Las personas religiosas rechazan algunas veces la naturaleza narrativa de nuestros orígenes biológicos, optando en su lugar por un enfoque de la genética que niega el relato contenido en nuestro ADN. De forma similar, ha habido siempre gente que ha negado la naturaleza narrativa del Evangelio de Jesús. Desde los gnósticos del siglo II en adelante, éstos han eliminado a Jesús de su contexto histórico y judío. Pero cualquier erudición, no importa lo académica que sea, que está construida sobre premisas falsas, está condenada al fracaso³¹. El enfoque histórico de los datos tanto de la biología como de los Evangelios es algo consistente y compatible con una perspectiva científica realista crítica, además de intelectualmente satisfactorio.

Tanto la genómica de los primates como los relatos bíblicos de Israel y de Jesús son historias poderosas. Pero seríamos esquizofrénicos intelectuales si las mantuviésemos en cajas separadas. Los cristianos creen que la cosmovisión más satisfactoria integra estos relatos como diferentes fases de una *misma* historia. La historia de la vida tal como está inscrita en el ADN no es más que el descubrimiento de una historia épica que Dios ha escrito. La ciencia provee los detalles de nuestra historia biológica que Dios ha creado. Los intérpretes de la historia de entre los antiguos hebreos (Isa. 65-66) y cristianos (2 P. 3:13; Ap. 21:1) toman este mismo relato para describir cómo Dios va a transformar una creación incompleta en una perfecta.

Esta historia incompleta contiene una profunda ironía. Sólo un producto de la evolución ha sido designado “la imagen y semejanza de Dios”, y esta criatura ha sido culpable de un salvajismo continuo con escasas excepciones. Como producto sin rival de la historia evolutiva, nosotros somos “imagen” de Dios de una manera muy provisional. Este misterio se resuelve cuando encontramos el clímax de la historia del Antiguo Testamento, Jesucristo, que es descrito como la imagen exacta de Dios (Col. 1:15). La muerte y resurrección de Cristo nos provee con la llave hermenéutica por medio de la cual la historia puede ser comprendida. Estos acontecimientos apuntan, a su vez, al clímax de la historia del Nuevo Testamento. Dios conferirá la semejanza perfecta de Cristo a la humanidad pecadora, y la transformará en la auténtica semejanza de Cristo (1 Cor. 15:49).

La realidad de nuestra humanidad no está en duda por el hecho de que nuestro genoma es completamente transformable en el de otros primates por mecanismos genéticos conocidos. Ni puede la conexión genoma-conducta (los descubrimientos de la sociobiología) afectar nuestra personalidad moral. Las personas que somos y la manera en que vivimos nuestras vidas están formadas por las historias que valoramos. En un mundo fragmentado en un planeta moribundo, no hay mayor necesidad que escuchar con atención la historia de Jesús.

²⁶ Birch y Rasmussen *op. cit.*, (23), pp. 106-107, 125.

²⁷ Hauerwas y Willimon *op. cit.*, (25), pp. 55, 67, 68.

²⁸ Messer, N. *Selfish Genes and Christian Ethics*, London: SCM Press (2007), pp. 106, 111-113, 128, 164s, 184, 192, 195.

²⁹ Hauerwas, S. *Vision and Virtue*, Notre Dame: University of Notre Dame Press (1981), pp. 68-77.

³⁰ *ibid.*

³¹ Wright, N.T. *Scripture and the Authority of God*, London: SPCK (2005).

Los Documentos Faraday

Los Documentos Faraday son publicados por el Faraday Institute for Science and Religion (Instituto Faraday para la Ciencia y la Religión), St Edmund's College, Cambridge, CB3 0BN, UK, una organización no lucrativa para la educación y la investigación (www.faraday-institute.org). Las opiniones expresadas por los autores no necesariamente representan los puntos de vista del Instituto. Los Documentos Faraday abarcan un amplio abanico de temas relacionados con las interacciones entre ciencia y religión. La lista completa de los Documentos Faraday puede verse en www.faraday-institute.org de donde pueden descargarse copias gratuitas en formato pdf. Este artículo ha sido traducido por Pablo de Felipe. Una edición impresa bilingüe (inglés-español) de los Documentos Faraday ha sido publicada por la Fundación Federico Fliedner, C/ Bravo Murillo 85, 28003 Madrid, España (www.fliedner.es). Para más información consultar www.cienciayfe.es (donde también se pueden descargar los documentos individuales en formato pdf en ambos idiomas).

Fecha de publicación: Abril 2007. Fecha de traducción: Enero 2011. © The Faraday Institute for Science and Religion.